

## DON CIPRIANO

Don Cipriano nació a finales del siglo diez y nueve. Para los años treinta era un personaje por demás conocido, por sus riquezas, por su filantropía, por su porte, por su finura en todo. Siempre vestido a la última moda francesa- para él no había otra posible-. Lo mismo pensaba de los vinos, de la literatura y de la belleza femenina. Francia era lo máximo en todo. Con su mujer hablaba siempre en francés, especialmente si lo hacía frente a su servidumbre que era abundante: mozo, cocinera, recamarera, jardinero, ama de llaves. A todos ellos los obligaba, claro que después de haberlos enseñado, a contestar oui o no cuando les preguntaban algo. ¿Trajeron el correo? Oui monsieur o oui madame. Pobre el que lo olvidaba, de patitas salía de esa enorme casona donde vivían. Don Cipriano y Doña Asunción tenían dos lindas hijas ya en edad de merecer. Las dos asistían a un centro de enseñanza religiosa, tal como debe ser. Las dos tenían pretendientes jóvenes y ricos. Uno de ellos, Julián, fue el que se atrevió a preguntarle a María Concepción, la hija mayor, que por qué su papá que era tan rico tenía ese apodo, el que yo naturalmente me opongo a escribir pues no quiero lastimar a tan distinguido caballero. A María Concepción casi le da un colapso y estuvo a punto de terminar su relación con su novio, si es que éste no le pide mil veces perdón y le regala un hermoso prendedor de perlas y rubíes. A Hortensia, la otra hermana, la que se lo dijo fue una compañera de escuela. Le faltó poco para abofetearla. ¡Es una falta de respeto a mi padre eso que acabas de decir! Y se marchó sin volver, hasta la fecha, a dirigirle la palabra. Doña Asunción y el propio Don Cipriano sabían de este apodo y trataban de esconderlo lo más hondo posible igual que hacían con cualquier tema que tuviera el sexo, la religión o la política como base. Para ellos nada de

eso existía en el mundo, menos el apodo. Un apodo por lo demás injusto pues Don Cipriano era lo contrario de lo que éste significaba. ¿Qué cuando se lo pusieron? Ya hace muchos años, cuando estudiaba en la Real Pontificia Universidad del Estado. Estudiaba para abogado, cosa que logró con el reconocimiento de todos sus profesores y compañeros. Pero su vicio...Sí, tengo que decirlo, Don Cipriano, tan honrado, tan cabal, tan apegado a la moral y las buenas costumbres tenía un vicio. Un vicio que ya no practica pues se lo quitó a base de un esfuerzo tremendo que le provocó, y aún de vez en cuando le provoca, insomnios terribles y un estado de nervios que lo hace salir a caminar sin parar por toda la población durante horas y horas. El vicio se lo quitó cuando se enteró del apodo, bien apropiado en su momento. Y bien, aunque antes dije que no lo iba a nombrar tendré que hacerlo debido a las circunstancias, pero antes les diré cómo empezó esta manía, pues eso era, una manía. Su madre le daba cuando iba a la escuela un plátano y una naranja para que comiera en el recreo. Las tres primeras horas eran un martirio, la primera dedicada a la religión, la segunda a la historia patria y la tercera a las matemáticas. Eran martirio no por el contenido de las clases que a él le gustaban, sino por su desesperación para salir al recreo y pelar su plátano y su naranja. El plátano lo pelaba con sus propias manos sin ayuda de algún instrumento. Lentamente iba desprendiendo la piel de la fruta, muy lentamente, sintiendo igual que ella el desprendimiento, el arrancarla. Se estremecía por el dolor que debía sufrir la fruta. Algunas veces pegaba el plátano a su oído para escuchar el sonido al separar la cáscara de la fruta. Con la naranja era distinto. Para ella tenía una navaja muy afilada. Unas veces la pelaba en forma de espiral, otras en forma de gajos, otras haciendo figuras caprichosas. Qué deleite sentía al hacerlo. Por supuesto sus compañeros se dieron cuenta y se acercaban a ver como iba a pelar la naranja ese día. Entre

ellos apostaban. A que ahora la pela en círculos, a que la pela de arriba abajo y no de abajo arriba, a que primero le hace un cinturón en el centro. Al terminar regalaba la fruta a sus compañeros. Esa ya no le interesaba. Lo especial era el pelar. Así al llegar a su casa pedía pelar la piña, las peras, las manzanas y todas las frutas o verduras que tuvieran que pelarse. A la madre esto le hacía mucha gracia. Al padre se le figuraba que era una pérdida de tiempo que bien podía utilizar en estudiar un poco más, sobre todo su francés en el que andaba no muy bien que digamos. Llegó el día en que ya no le producía un placer intenso al pelar frutas o verduras. Tenía que pelar un animal. En su casa no había ninguno pues ensuciaban todo, según la madre, y hacían mucho ruido, según el padre. En la escuela sí, ahí había un gato, un gato blanco, el consentido de la directora. Cipri, que así le decían en esa época, llevó carne molida y su famosa navaja. Logró agarrar al gato cuando la comía y ni tardo ni perezoso le dio una cuchillada en el corazón que lo mató instantáneamente. Después se puso a pelarlo, a desollarlo lentamente, no importándole que sus pelos blancos se tiñeran de rojo ni que su uniforme tomara este mismo color. Prácticamente tuvo un orgasmo al terminar de desollarlo. Pero no faltó un alumno, Benito, que lo vio hacer esto. El tal Benito corrió a comunicárselo a sus compañeros los que en masa corrieron hasta donde estaba Cipriano que miraba aterrado al gato sin comprender lo que acababa de hacer. Ignacio fue el que gritó primero el apodo: ¡Pelagatos! Que fue coreado por todos los demás. ¡Pelagatos, Cipriano es un pelagatos! Y Pelagatos se le quedó para toda la vida. Por eso luchó tanto para hacerse rico, para demostrar que no era un pelagatos. Pero pelagatos quedó y así lo conocen en todos lados, claro, cuidándose que él no se de cuenta de que lo dicen.

Tomás Urtusástegui

Nov 2005